

a MEDIANOOCHE

NUESTRO colaborador Valentín Castanys suele justificar sus vacaciones veraniegas en la necesidad de oxigenarse los pulmones tras una quincena pasada en los sótanos de la «Casa del Libro», vendiendo dibujos y atendiendo a las amistades. Trabajador incomparable, posee un sentido honesto de la profesión y todos los días baja a la sala con la formalidad con que el «señor Esteve» se parapeta en el mostrador dispuesto a servir a la clientela.

—El año pasado vendí cuarenta y siete obras. Respectuoso con la ley de la oferta y la demanda, cuarenta y siete he traído también esta vez. — explica Castanys.

En la Exposición actual, quizá el dibujante yerre sus cuentas. Y a última hora ienga que bucear en sus carpetas para ver de complacer a los muchos candidatos a comprador, desesperados ante el copo de «adquiridos» visible en las paredes. Lo deja prever la calidad de sus últimos dibujos, algunos tan finisimos como esta «suite» musical, de cuya contemplación no sabía arrancarse un hombre de espíritu tan advertido como José María Junoy, quien ponderaba incasantemente:

EL HUMORISMO ES ALGO SERIO CASTANYS, EN EL SOTANO

—¡Extraordinario! Castanys, tan profundamente catalán, está dentro de la línea del mejor humor inglés.

Catalán, Castanys lo es por los cuatro costados. Nuestra clase media, nuestros nuevos ricos, no han encontrado mejor lápiz costumbrista. Las fiestas hogareñas, el primer sombrero de la esposa, el terreno comprado a plazos, el placer del aparato de radio, el turismo automovilístico dominguero, todas estas efemérides familiares son descritas por Castanys con una agudeza en la que hay mucho de ternura, pues el artista siéntese emocionado por la sencilla poesía con que, de vez en cuando, nuestros burgueses procuran olvidar el «Debe» y el «Haber» y al fiscal de Tasas.

Por esto Castanys es tan popular y su obra tan comprendida. Estos días, en la «Casa del Libro», de la multitud que desfila ante sus dibujos hemos visto despe-

garse a un caballero que se ha acercado al expositor con dos habanos en la mano:

—Tome usted, señor Castanys. A pesar de no cono-



cerle personalmente, llevo muchos años admirándole...

Posiblemente con esta prueba de afecto, consolábase el hombre de no contar con medios para adquirir un dibujo. Quizá era uno de los

personajes de Castanys, que manifestaba así su placer de verse retratado...

Entre las obras expuestas hay media docena que podrían ilustrar exactamente los comentadísimos artículos que José Pla viene publicando en DESTINO sobre la nueva payesía. Pues bien, nosotros vimos cómo era adquirido uno de estos dibujos, que perpetúa el solemne y enternecedor momento en que el cuarto de baño hace su entrada en la masía, y casi juraríamos que el orondo adquirente procedía del agro. Quizá venía de comer en la Plaza de Palacio y se había pasado la sobremesa hablando del grano y de las guías... En el fondo, la gente que ha triunfado gracias a tener sólidos principios, estima y considera a Valentín Castanys, porque saben que se toma en serio su oficio de humorista. En la radio, en la Prensa, en la tribuna del conferenciante, en las salas de Exposiciones... En un país rebosante de aficionados, víctima de los arbitristas de todo orden, el verdadero profesional no puede menos que causar respeto.